

## Pioneras tras los umbrales: hacia un mayor equilibrio en la organización del trabajo entre parejas\*\*

La interdependencia entre el mercado laboral y el trabajo doméstico nutre, a nivel teórico, la mayor parte de la investigación empírica sobre género y empleo, pero el foco analítico queda a menudo limitado a uno solo de estos dos aspectos laborales. El presente artículo adopta un enfoque más integrador al considerar ambas dimensiones, y al explorar los procesos que modelan su conexión. Además, trata de ampliar el debate al incorporar en el análisis el tema de la sexualidad –enlazando la identidad sexual con la experiencia laboral.

Al considerar las divisiones laborales, es necesario reconocer que el modo en el que la gente organiza sus actividades domésticas supone un condicionamiento importante en su capacidad para acceder a posibilidades de empleo. Del mismo modo, las demandas laborales tienen que ver con el modo en que se distribuye el trabajo doméstico en las parejas. Nociones de sentido común tales como que hombres y mujeres poseen una igualdad de oportunidades en el mercado laboral son equivocadas, pues las oportunidades laborales permanecen estructuradas en torno a un modelo de empleo masculino (Bradley, 1989; Brannen y Moss, 1991). En otras palabras, para tener «éxito», los trabajadores deben ser (o aparentar ser) libres en cuanto a exigencias temporales en sus vidas domésticas. Siempre que las mujeres tengan, o se espere que tengan, responsabilidad en las tareas de la casa y el cuidado de los hijos, hombres y mujeres no compiten en igualdad de condiciones en el mercado laboral.

Durante los últimos veinte años, un número creciente de mujeres ha extendido su noción de identidad para incluir en ella el sentido del «yo» como cabeza de familia. Sin embargo, no existen evidencias de una correspondiente expansión de la identidad masculina dentro del dominio femenino tradicional. Parte de la «crisis de la masculinidad» se puede relacionar con esta parálisis, que confirma la ausencia de valor asociado a las labores domésticas. Aunque existe alguna evidencia de que hombres y mujeres pueden mantener relaciones igualitarias (Van Every, 1995), el sistema mayoritario sigue siendo la división asimétrica de los quehaceres domésticos (Gregson and Lowe 1995, Morris 1995, 1990, Hochschild 1989, Berk 1985).

Se perpetúa un círculo vicioso. Las mujeres equilibran sus vidas en torno a las demandas competitivas de generación de ingresos, tareas del hogar y cuidado de los hijos. Los hombres pueden ser más firmes a la hora de buscar oportu-

\* Investigadora Asociada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Cambridge.

\*\* Este artículo ha sido traducido del inglés por Dora Sales.

nidades de empleo. Sin embargo, pueden sufrir castigos emocionales, en lo que supone, como padres, conocer y educar a sus hijos. El significado de las divisiones por géneros en la experiencia del cuidado de los hijos se ha mostrado claramente en el fracaso de muchas relaciones. Se ha hablado mucho acerca de la muerte de «la familia», pero muy poco acerca de cómo la polarización que configura la experiencia de vida familiar de mujeres y hombres podría ser un modelo altamente indeseable.

La teorización en torno a estos tópicos tiende a asumir que los trabajadores, los padres y las familias son heterosexuales. Mientras las feministas pueden reconocer que la sexualidad se construye socialmente, y que la heterosexualidad es una institución, las implicaciones son apenas exploradas y desarrolladas en la literatura sobre trabajo y vida familiar. Como señala Carol Pateman (1988), la habilidad de los hombres para mantener sus posiciones aventajadas en el mercado laboral devienen de su capacidad para apropiarse del trabajo no remunerado de las mujeres. Sin embargo, la importancia de la heterosexualidad, como medio central a través del cual tiene lugar esta apropiación, es ampliamente ignorada en el trabajo empírico sobre la división del empleo. Sabemos muy poco acerca de las vidas laborales de las personas que mantienen relaciones con otras de su mismo sexo. El fracaso a la hora de explorar el impacto de la identidad sexual sobre las opciones de vida de las mujeres significa que no podemos distinguir entre las desventajas sexuales relacionadas con el hecho de ser mujer y aquéllas que surgen del hecho de ser mujer y mantener relaciones con un hombre.

El presente artículo se centra en las divisiones del trabajo entre parejas lesbianas con hijos dependientes. Estas mujeres tienen la ventaja de negociar sus relaciones en un contexto de paridad sexual, y su práctica se nutre de ideologías y experiencias sexuales muy similares. Si ellas pueden encontrar maneras más creativas para compartir las tareas y la financiación de un hogar, así como la organización del cuidado de los hijos, su sistema puede representar modelos para las feministas, independientemente del modo en que definan su sexualidad.

## EL PROYECTO DE HOGAR LESBIANO

*El Proyecto de Hogar Lesbiano* se centra en la experiencia de 37 parejas con hijos dependientes. La mayoría vive en zonas urbanas de tres ciudades del norte y tres del sur. Nuestra muestra está tomada de un amplio abanico de distintas fuentes, utilizando la técnica de la bola de nieve. El único criterio de selección fue que las parejas conviviesen y tuvieran al menos un hijo dependiente. Todas las que contactaron conmigo se mostraron dispuestas a participar en el proyecto y fueron entrevistadas.

Se empleó una amplia gama de métodos cualitativos y cuantitativos. Éstos incluían una serie de entrevistas semi-estructuradas de dos a tres horas (la

unión se producía por individuo varios meses después) y la conclusión de la distribución temporal de las agendas. Como las divisiones familiares del trabajo remunerado tienen mucha relación con la estructuración del trabajo en el hogar, estábamos muy interesadas en la organización de las responsabilidades laborales en nuestras parejas, así como en sus estrategias en cuanto a la distribución de los quehaceres domésticos.

Para contextualizar nuestras conclusiones las compararemos con tendencias halladas en parejas con hijos en un plano más general. La poca extensión relativamente hablando de nuestra muestra significa que debemos ser prudentes en nuestras conclusiones, particularmente porque las comparaciones son complejas debido a la muchas maneras en las que nuestras parejas difieren de la norma. Sin embargo, hacen frente a muchos dilemas conocidos por otras parejas, como por ejemplo, la reconciliación entre las contradicciones de las demandas temporales para ganarse un sueldo y el deseo de disponer de tiempo para participar en el trabajo y los placeres de la vida familiar. Como veremos, las semejanzas que comparten como mujeres, junto con las diferencias que las sitúan al margen de la convención, ofrecen la posibilidad de repensar las posibilidades en torno al cuidado de los hijos, convirtiéndolas, como sugirió una pareja, en «pioneras tras los umbrales».

## PARTIENDO DE UN LUGAR DIFERENTE

Antes de observar cómo se aproximan nuestras parejas a la organización del empleo en sus relaciones, merece la pena destacar algunas de las formas más relevantes e interesantes en las que su situación difiere de la de las parejas en un plano más general.

### *Convertirse en madres*

Para la mayor parte (75% de nuestra muestra), la maternidad fue el resultado de la inseminación de algún donante.<sup>1</sup> Esto conlleva varias implicaciones. En primer lugar, mientras es posible argumentar que la concepción asistida es una expresión importante de las ideologías que apoyan la «maternidad obligatoria», es menos fácil aplicar esta idea a las madres lesbianas. En todas partes, la investigación (Sullivan, 1996) corrobora en gran medida lo que las encuestadas dijeron acerca de cómo su decisión de tener hijos fue en contra de las normas sociales establecidas, y de aquéllas relacionadas más específicamente con la comunidad lesbiana y *gay*. Hasta hace muy poco, esta comunidad, particularmente la sección radical/revolucionaria, ha sido sospechosa de intentar reproducir la familia nuclear «patriarcal» (véase Green, 1997). En lugar de llegar a la maternidad de una

<sup>1</sup> Usualmente se llegaba a un acuerdo informal con donantes conocidos. En algunos casos las encuestadas cohabitaban con el padre.

manera asumida, las respuestas de las encuestadas en lo que respecta a su proceso de toma de decisión revelan años de meditación (justificación y exámen de los motivos) y planificación. Las consideraciones en torno al empleo también delimitaron este proceso. Estos factores contribuyen a explicar por qué nuestras parejas tienden a ser mayores que parejas con hijos de edades similares en un plano más general: sólo tres (8%) eran menores de treinta años.<sup>2</sup> En segundo lugar, mientras algunas habían experimentado originalmente la inseminación de un donante antes de iniciar su actual relación, la mayoría había tomado conjuntamente la decisión de tener hijos, considerando la maternidad como un proyecto compartido. En tercer lugar, todos esos niños fueron muy deseados.

Vale la pena mencionar que en casi el 40% (catorce) de nuestras familias, las compañeras eran madres biológicas de niños mayores, y en otros cuatro casos estaban planeando dar a luz. En varios casos en los que una de las dos experimentaba dificultades para concebir, la otra quedaba en estado en su lugar. Para facilitar la distinción entre los miembros de la pareja emplearé el término «madre natural» para identificar a la madre biológica del hijo más pequeño en cada familia, y «compañera» para describir a su pareja.

### *Circunstancias laborales de las encuestadas*

La posición relativamente aventajada en la estructura laboral de la mayoría de nuestras parejas hace que nuestra muestra sea de nuevo distintiva. Casi todas las encuestadas empleadas trabajan para empresarios del sector público o son autónomas. Usualmente son profesionales, directivas, técnicas o administrativas en puestos de trabajo dominados por mujeres, como el trabajo social, la educación, el gobierno local, la salud y el asesoramiento. En consecuencia, nuestra muestra comprende a mujeres que tienen un mayor control sobre las circunstancias de sus vidas que mujeres y hombres en un plano más general. Para asegurar que las diferencias identificadas en lo que sigue no surgen únicamente de esta ventaja, compararemos sus organizaciones, cuando sea posible, con las de parejas en grupos laborales o niveles de educación similares.

### *El impacto de los hijos en las vidas laborales de las madres y la repercusión de ese trabajo en los niños.*

Parece que existen mayores contradicciones en lo que respecta a los padres contemporáneos. Las conceptualizaciones en torno a la paternidad hoy en día se centran más en los niños, en comparación con generaciones anteriores (Lewis y O'Brien, 1987), pese a que las investigaciones británicas indican que las demandas laborales continúan ausentándoles del hogar. Mientras las parejas mantienen un acuerdo con respecto al cuidado compartido de los hijos y la igualdad doméstica, las obligaciones laborales limitan el grado en el que esto se

<sup>2</sup> La edad media de nuestras parejas con hijos menores de cinco años es de 39 años.

convierte en una realidad. Investigaciones recientes sobre parejas heterosexuales indican que la llegada de los hijos continúa introduciendo o reforzando la polarización entre los miembros de la pareja en lo que respecta a ingresos, jornadas laborales y estatus, teniendo en cuenta que el empleo a tiempo completo es la norma de los padres trabajadores. Todavía se da por supuesto que serán las madres, más que los padres, quienes reducirán sus jornadas laborales para cuidar a los hijos.

Un análisis del Estudio Nacional para el Desarrollo de la Infancia<sup>3</sup> realizado por Ferri y Smith (1996) reveló que en 1991 la gran mayoría (94%) de los padres jóvenes casados (33 años) tenían trabajo, y en casi todos los casos era un trabajo a tiempo completo. Trabajaban muchas horas —el 66% trabajaba más de 40 horas a la semana, y el 9% más de 60 horas semanales. De igual manera, el estudio longitudinal de Cappuccini (1996) sobre nuevos padres reveló que todos menos dos de los 104 padres analizados trabajaban a tiempo completo. La muestra de Cappuccini era similar a la nuestra por el hecho de que la mayoría tenía una buena educación, y dos tercios de los hombres y las mujeres ocupaban puestos profesionales y directivo/técnicos (comparados con el 74% en nuestra muestra). Nuestro análisis de padres con calificaciones altas<sup>4</sup> y niños menores de cinco años, haciendo uso del British Household Panel Survey (1993), revelaba que el 91% de los padres trabajaban a tiempo completo, y sólo el 3% trabajaba menos de 29 horas semanales.<sup>5</sup> La media de las horas laborales remuneradas a los padres trabajadores con calificaciones altas era de 47 horas. De este modo, el hecho de poseer calificaciones más altas no parece tener el peso suficiente a la hora de que los padres negocien una reducción de la semana laboral. Es más probable que las madres con calificaciones altas sean contratadas a tiempo completo, pero la mayoría reorganiza su vida laboral para cuidar de los hijos —el 33% permanecía en casa todo el tiempo, y el 35% trabajaba menos de 30 horas a la semana. Pese a que el 83% de las madres en el estudio de Cappuccini (1996: 95) regresó a su trabajo anterior al finalizar la baja maternal, el 53% se empleó a tiempo parcial.

### *Nivel de participación laboral- encuestadas*

Dada la relevancia del sexo a la hora de predecir quién reducirá sus horas laborales para cuidar a los hijos, nos interesamos en cómo se distribuirían las responsabilidades laborales entre mujeres. Para ilustrar la atipicidad de sus cir-

3 National Childhood Development Study.

4 Consideramos calificaciones altas aquéllas superiores al nivel A. (N. de la T.). El nivel A del sistema educativo británico corresponde al sobresaliente del sistema español).

5 Los datos (y las tablas) empleados fueron adquiridos a través del Archivo de Datos del ESRC. Los datos fueron recogidos originariamente por el Centro de Investigaciones del ESRC sobre Cambio Micro-social de la Universidad de Essex. La responsabilidad del análisis o las interpretaciones presentadas aquí no pertenece en ningún caso a los compiladores de los datos originales o al Archivo.

cunstancias laborales, me centraré en una sub-muestra de 22 parejas con niños en edad pre-escolar, porque este estadio de la formación familiar representa normalmente una mayor polarización en los ingresos y las horas laborales de madres y padres.<sup>6</sup>

La llegada de los hijos tuvo un claro impacto en los sistemas laborales de la madre natural: el 23% trabajaba a tiempo completo y el 50% tenía un empleo favorable que le permitía trabajar de tres a cuatro días por semana. Sin embargo, contrariamente a la norma de los padres heterosexuales, el impacto de los hijos no se limitó a las madres naturales. Pese a que era más probable que las compañeras fueran empleadas a tiempo completo a que lo fuesen sus parejas, el 41% fueron contratadas a tiempo parcial o no contratadas. La media de las horas laborales remuneradas de las compañeras trabajadoras era de 34 horas, y la de las madres naturales de 28 horas.

*Tabla 1. Horas laborales –madres naturales y compañeras con niños menores de cinco años (N=22).*

Horas Laborales	Madres naturales	Compañeras
	%	%
30 plus horas	23	5
10-2 horas	50	27
1-9 horas	0	5
0 horas	27	9

Como la flexibilidad caracteriza normalmente las estrategias de empleo de ambos progenitores en nuestra sub-muestra (por ejemplo, ocho -36%- de las compañeras trabajaban menos horas que sus parejas), hallamos un abanico de combinaciones más amplio de lo normal en cuanto al trabajo doméstico. La Tabla 2 proporciona una rápida fotografía comparativa de nuestra sub-muestra de madres y padres con niños menores de cinco años, en la que los dos miembros de la pareja tienen calificaciones altas (BHPS 1993). En nuestra sub-muestra, sólo hay tres parejas con niños en edad pre-escolar en las que ambos miembros trabajen a tiempo completo (14%). La muestra incluye a una pareja en la que la compañera había abandonado un trabajo a tiempo completo para cuidar niños. Como resultado, en un alto porcentaje de parejas -20 (91%)- al menos uno de sus miembros permanecía en casa durante todo o casi todo el tiempo.

<sup>6</sup> Como la inseminación por donante es una opción relativamente reciente para las lesbianas, las parejas con niños menores de cinco años están bien representadas, conformando el 59 por ciento de la muestra.

**Tabla 2.** *Combinaciones de empleo doméstico –sub-muestra comparada con parejas en las que ambos cónyuges tienen calificaciones altas e hijos menores de cinco años (BHPS, 1993).*

Combinación de Trabajo a Nivel Familiar	Parejas Lesbianas (N=22) %	BHPS Familias ambos padres con altas calificaciones (N=70) %
Ambos Jornada Completa	14	33
Ambos Jornada Tiempo Parcial	18	0
Jornada completa/Jornada a Tiempo Parcial	32	24
Jornada Tiempo Parcial/Hogar	14	4
Jornada completa/Hogar	23	36
Ninguno de los dos en empleo asalariado	0	3

### *Actitudes respecto a las responsabilidades del hogar*

Una razón importante para estas inusuales estrategias de empleo doméstico es la actitud hacia el hogar tanto de las madres naturales como de las compañeras. El sentimiento generalizado era que el cuidado de los hijos es una tarea valiosa y divertida que ofrece una alternativa válida al empleo a tiempo completo. La reducción de la jornada laboral se efectuaba mayormente por elección, y en ocasiones se combinaba con un retorno a los estudios (en tres casos). Una motivación poderosa respecto a las estrategias de empleo de las mujeres parece ser el deseo de maximizar el tiempo compartido con sus hijos.

Les pregunté a las encuestadas si la llegada de los hijos había modificado su percepción sobre la importancia del trabajo. La siguiente respuesta ilustra una actitud común. Helen y Maggie<sup>7</sup> tomaron la decisión conjunta de tener niños y repartir entre las dos el cuidado de su hijo de tres años. Ambas trabajan a tiempo parcial en puestos profesionales, y Paul es su único hijo. Maggie explica el cambio de sus sentimientos con respecto al significado del trabajo:

Ha cambiado, sí. Sí, y ahora el trabajo no es tan importante para mí. Creo que la verdadera razón de trabajar a tiempo parcial fue compartir a Paul. Pero realmente no estoy segura ni siquiera ahora de si querría volver a trabajar a tiempo completo –probablemente no volvería a ser una perso-

<sup>7</sup> Para mantener la confidencialidad, los nombres de las participantes y de sus hijos han sido cambiados.

na trabajadora en esas condiciones, pues sería estresante y horrible... la motivación subyacente tenía que ver con Paul, y el hecho de asegurar que estaba atendido a partes iguales— porque ni Helen ni yo queríamos ser o la que trabaja o la que se queda en casa todo el tiempo.

Lo interesante es que Maggie no es la madre natural de Paul. De manera importante, este cambio de actitud respecto al trabajo remunerado era común a las madres naturales y a las compañeras, de igual manera. Generalmente las mujeres hablaban de la búsqueda de un equilibrio en sus vidas. La mayoría de las encuestadas trabajadoras disfrutaban con sus empleos, e independientemente de la situación laboral, casi todas creían que tener una vida laboral fuera de casa era muy importante, era una fuente de estímulo a la vez que posibilitaba incrementar los ingresos económicos. Sin embargo, el tiempo en casa con los hijos y las parejas era igualmente —si no más— importante. Así, con la llegada de los hijos, generalmente ambos cónyuges menguaban el compromiso con sus carreras. Aquéllas que trabajaban a tiempo completo hablaban a menudo de planificar o tener la esperanza de reducir sus jornadas laborales.

Aunque la razón inicial de Maggie a la hora de reducir su jornada laboral tenía que ver con el cuidado de los hijos, ella no tenía prisa por volver a trabajar a tiempo completo, pensando que mientras su hijo crecía podría encontrar otras actividades con las que ocupar su tiempo. Los padres de la muestra con hijos más mayores confirman esta perspectiva, en la que encontramos una serie igualmente amplia de estrategias de empleo doméstico.<sup>8</sup>

Los padres también pueden sentir fuertes deseos de pasar tiempo con sus hijos. Sin embargo, la existencia de ideas fuertemente arraigadas que relacionan las responsabilidades paternas de los hombres con el hecho de mantener el hogar, junto con la estructura laboral que ignora las necesidades del cuidado de los hijos (Brannen y Moss, 1991), conduce a que los hombres se comprometan de manera más plena con el trabajo remunerado. En consecuencia, los procesos que construyen y mantienen la diferencia de géneros juegan un papel crucial a la hora de determinar cómo los hombres y las mujeres entienden y expresan sus responsabilidades en torno al cuidado de los hijos.

<sup>8</sup> En las 15 familias con hijos más mayores (de cinco a dieciséis años), encontramos estas combinaciones laborales:

	Porcentaje	Número
Tiempo completo/ tiempo completo	33	5
Tiempo parcial/ tiempo parcial	20	3
Tiempo completo/ tiempo parcial	20	3
Tiempo parcial/ casa	13	2
Tiempo completo/ casa	7	1
Casa/ casa	7	1

Por contra, las mujeres que crían juntas a sus hijos no tienen acceso a ideas acerca de la diferenciación por género sobre cómo tiene que llevar cada una su maternidad. De este modo, cada cónyuge experimenta y expresa su maternidad como mujer, y la ausencia de padres conduce a la redefinición de la maternidad para abarcar la amplitud con respecto a estilos y prácticas en el cuidado de los hijos (mantener el hogar y cuidar de los niños) que están incluidas más usualmente en las categorías dicotómicas de madre y padre.

La capacidad de intercambiar los papeles aporta la ventaja de facilitar la conciencia de que el trabajo en el hogar y en el mercado laboral tienen una equivalencia en términos de placer, monotonía, estrés y relajación. En consecuencia, las encuestadas tenían muchas ganas de evitar una situación en la que una cónyuge experimentase durante largo tiempo el monopolio de un área en detrimento de la otra. Su localización en puestos de trabajo predominantemente femeninos, más que masculinos, también posibilita un mayor equilibrio entre sus vidas domésticas y laborales –aunque algunas hubiesen luchado por reducir sus jornadas laborales. Por ejemplo, una compañera que se dedica a la enseñanza negoció un trabajo compartido. Sin embargo, como a sus jefes les llevó un año ofertar la otra mitad de su puesto, ella tuvo que ajustar las demandas del tiempo completo en un puesto de la mitad del tiempo. De manera importante, para muchas madres naturales y compañeras, el momento de la llegada de los hijos había sido planeado para que correspondiese con un punto de sus vidas laborales en el que pudieran reducir sus jornadas, o hacer un alto en su carrera por los niños, sin penalización excesiva.

### *Remuneración*

Las divisiones laborales más extremas que hallamos durante la temprana formación familiar en parejas heterosexuales apuntan a que este periodo representa un tiempo en el que las madres usualmente experimentan una gran dependencia económica de sus cónyuges. Si las madres tienen un empleo remunerado, existen sustanciales diferencias en los ingresos atendiendo al género. Por ejemplo, Brannen y Moss (1991) encontraron que el 5% de las madres en hogares con hijos pequeños en los que ambos cónyuges tienen empleo remunerado ganaban tanto o más que sus parejas. Independientemente de la situación laboral de las madres, la mayoría de ellas consideraba a su pareja masculina como el principal o único proveedor (Brannen y Moss, 1991; Cappuccini, 1996). Esto tiene un impacto importante en la división del trabajo doméstico y cuidado de los hijos, y en los juicios de las mujeres sobre la justicia de las contribuciones de sus parejas (Doucet, 1991: 24).

Nuestros datos muestran una situación muy diferente en parejas lesbianas con hijos en edad pre-escolar. Pese a que es menos probable que las madres naturales sean empleadas y más posible que trabajen menos horas que sus parejas, el 50% ganaba más que sus cónyuges. Incluso en parejas en las que una

tenía unos ingresos notablemente inferiores a los de la otra, era poco probable que considerase a su pareja como la proveedora.

La capacidad superior de los hombres a la hora de ganar dinero es un problema importante que deben afrontar las parejas heterosexuales que desean compartir sus responsabilidades familiares. A menudo un salario masculino es esencial para la supervivencia familiar o, en el caso de familias acomodadas, para el mantenimiento de un nivel alrededor del cual han planificado sus estilos de vida. Para la muestra de Andrea Doucet (1995a) sobre parejas casadas, mayormente de clase media, comprometidas a compartir, la priorización de las carreras de los padres era usualmente vista por las parejas más ardentemente igualitarias como el resultado de consideraciones económicas «racionales», más que conformarse con las normas respecto al género. Claramente, la trinchera de las desigualdades de género en lo que respecta a los ingresos significa que esta solución es el resultado de la toma de decisiones al azar.

Dada la existencia de fuerzas económicas sobre la toma de decisión en lo que respecta a quién tendría que reducir su jornada laboral para cuidar a los hijos, me interesó explorar esto con las encuestadas. Le pregunté a Esther, que estaba planeando regresar a un empleo de media jornada tras su baja maternal, si el hecho de que su pareja también trabajase media jornada tenía sentido económico:

... mi trabajo aporta más. Pero creo que verdaderamente no nos movimos por eso [que quien tuviera el salario más bajo redujese su jornada laboral] sino por la igualdad –de esa manera ambas teníamos la misma cantidad de tiempo para estar con Lizzy. Sucedió que ambas deseábamos tener –ser capaces de tener– un papel en su educación de manera igualitaria, más que centrar nuestra atención en aumentar los ingresos.

Como muchas de las parejas entrevistadas, sus estrategias laborales tienden a distribuirse hacia la maximización del cuidado de los hijos y la interrelación en la pareja más que a la maximización de los ingresos familiares. El tema del estándar de vida frente a la calidad de vida es central, y las encuestadas rara vez los consideraban necesariamente vinculados. La opinión común era que, dentro de unos límites, el tiempo para los niños era más importante que el incremento de los ingresos.

Otras familias en el estudio, habían experimentado o deseado experimentar un cambio en relación a quién era el que cuidaba principalmente de los hijos. Por ejemplo, Angie, la madre natural de Steve, de dos años, tomó una baja maternal para cuidar de él en su primer año. Después Sue, su pareja, consideró que había llegado su turno de pasar más tiempo en casa a pesar de ser la que más ganaba de las dos. Sue dejó un trabajo de 23.000 libras anuales y ahora trabaja desde casa como niñera autoempleada. Ambas están de acuerdo en que

estarían mejor económicamente si pagasen a una niñera a tiempo completo, o si Angie –la madre natural de Steve– se quedara en casa.

A primera vista dicha organización parece carecer de sentido económico. Sin embargo, Angie, cuya carrera estaba menos establecida, era consciente de que un alejamiento largo del mercado laboral podría conducirla a la marginalización en su trabajo. Tenía más sentido a largo plazo para ambos progenitores, en lugar del cónyuge con la posición más vulnerable dentro del mercado laboral, cargar con las penalizaciones «profesionales» que nuestra sociedad vincula al cuidado de los hijos. Fracasas a la hora de hacer esto sólo puede crear o acentuar desigualdades preexistentes con respecto al sexo en las perspectivas laborales y en los ingresos económicos.

Esta concienciación es evidente en el pensamiento de algunos hombres y mujeres feministas que están comprometidos de manera activa con la creación de parejas «no sexistas». Por ejemplo, el estudio de Van Every (1996) sobre «mujeres heterosexuales que rehúsan ser viudas» demostró que en su camino hacia la igualdad era esencial una crítica masculina del «tradicional modelo de empleo masculino» y la reevaluación del papel del trabajo remunerado en la vida de los hombres, algunos de los cuales trabajan a tiempo parcial, mientras otros invierten los papeles con sus parejas. Un estudio norteamericano sobre parejas feministas heterosexuales (Blaisure y Allen, 1995) puso de manifiesto que las pocas parejas que pensaban que habían logrado con éxito negociar un equilibrio de poder satisfactorio eran también aquéllas en las cuales las parejas masculinas habían desenfatisado su implicación con el trabajo remunerado. Los padres pueden experimentar un sentimiento más fuerte en cuanto a las contradicciones entre su identidad como apoyo de la familia y su habilidad para implicarse en el cuidado activo de los hijos, cuando habían tenido un papel más pleno en los primeros cuidados de los niños. Algunos estudios realizados en Suecia (Hass, 1990) sugiere que el empleo remunerado tiene una posición mucho menos central en las vidas de la minoría de hombres que tomaron una baja paternal, en comparación con los hombres que no la tomaron. En consecuencia, la reevaluación de la significación del empleo para la mayoría de nuestras compañeras y madres en un plano más general no es una característica únicamente femenina. A través de la experiencia vivida y/o la reflexión política, los padres también pueden desarrollar la voluntad de transformar las condiciones que determinan la medida en la que pueden compartir las tareas y los placeres del hogar.

### *Acuerdos domésticos*

Las divisiones del trabajo doméstico se analizaron de dos maneras diferentes. Para explorar sus percepciones en cuanto a «quién hizo qué», la primera entrevista se centró en la creación de un «Retrato Familiar».<sup>9</sup> Esta técnica supo-

<sup>9</sup> El Retrato Familiar (*Household Portrait*) fue desarrollado por vez primera por Andrea Doucet, para aclarar las estrategias de distribución de parejas heterosexuales igualitarias.

ne que ambos cónyuges localicen un amplio abanico de señales de tarea/responsabilidad (siguiendo un código de color por temas como la rutina doméstica, el servicio de trabajo familiar, el cuidado de los hijos, etc.) sobre una tabla, para ofrecer un continuo que abarca desde el cien por cien del cónyuge A hasta el cien por cien del cónyuge B. Esta representación visual anima a las encuestadas a reflexionar y a discutir acerca de cómo está organizado su hogar, y a participar en algunos análisis iniciales a medida que surgían los sistemas (Doucet, 1995b). Sus percepciones acerca de la organización del trabajo en el hogar se complementan con datos de agendas temporales que cada participante completó. Resumiré brevemente algunos de nuestros descubrimientos de sus Retratos Familiares para toda la muestra, y después concluiré con una discusión de los datos de las agendas.<sup>10</sup>

### *El retrato familiar y la realización de las tareas de rutina doméstica*

En familias heterosexuales la distribución de la actividad doméstica tiende a dividirse según el sexo, de manera que las mujeres llevan a cabo la cantidad de tareas que consumen tiempo todos los días, y los hombres realizan las más flexibles, que no pertenecen a la rutina diaria (Gregson y Lowe 1995; Morris 1995, 1990; Hochschild 1989; Berk 1985). Este es el esquema mayoritario incluso en parejas en las que tanto los hombres como las mujeres tienen empleos profesionales a tiempo completo. Por ejemplo, Gregson y Lowe (1994) llegaron a la conclusión de que en el 70% de las familias que ganaban dos sueldos profesionales, la limpieza del baño, la colada, la plancha, limpiar y barrer eran actividades realizadas exclusivamente por mujeres. Cocinar era una actividad exclusivamente femenina para el 60% de las familias, y hacer la compra, pasar la aspiradora y fregar eran tareas compartidas a partes iguales.

La tabla 3 resume los resultados de la distribución de la tarea doméstica rutinaria en toda nuestra muestra. En cada familia, algunas tareas se perciben como compartidas de manera equitativa, pero como la realización del trabajo del hogar no está distribuida según el sexo, el hecho de que no se comparta no motiva que el trabajo doméstico recaiga en uno de los cónyuges. Con todo, el 50% de estas tareas domésticas principales se consideran como compartidas de manera igualitaria, mientras que la otra mitad suele ser realizada por las madres naturales en el 60% de los casos y por las compañeras en el 40%.

10 Véase Dunne (1997b) para un análisis más detallado de las percepciones de las encuestadas acerca de «quién hizo qué».

**Tabla 3.** *La Realización de las Principales Tareas Domésticas Rutinarias*

Tarea	Exclusivamente "A" %	Principalmente "A" %	Compartido a Partes Iguales %	Principalmente "B" %	Exclusivamente "B" %	N
Fregado	5	16	62	16	0	37
Limpieza	6	24	58	9	3	33
Compra de comestibles	5	24	57	5	8	37
Planchar	13	3	53	7	23	30*
Limpiar el baño	14	11	49	17	9	35
Limpiar con aspirador	15	27	45	6	6	33
Cocinar	8	24	41	19	8	
Lavandería	14	27	38	11	11	37
Media	10	20	50	11	8	

***Manteniéndose a flote en el frente doméstico***

La flexibilidad experimentada por las parejas lesbianas se basa en la negociación dentro de un contexto polarizado sin diferencias de sexo. Las encuestadas que habían vivido con hombres hablaron de su relación con mujeres que ofrecían libertad con respecto a las asunciones de género en cuanto a la distribución de las tareas familiares. Pese a que la mayoría de ellas consideraban las relaciones heterosexuales de manera positiva porque generalmente habían estado relacionadas con hombres excepcionalmente igualitarios, se sentían ampliamente aventajadas por la ausencia de «guiones sexuales» que organizaran sus relaciones con mujeres (véase Dunne, 1997a). Contrastaban la facilidad con la que emergían las disposiciones domésticas en sus parejas con mujeres. Mandy, que trabaja a tiempo parcial y es la compañera, madre de un niño de dos años, describe lo siguiente:

En comparación con la experiencia heterosexual, ¿existe alguna diferencia en cómo te aproximas y vives la realización de las tareas domésticas? ¡Oh sí! Porque está abierta a la negociación en un sentido mucho más real, y no luchas contra nada. No importa hasta qué punto se siente la Nueva Masculinidad, existe una creencia subconsciente que prevalece

\* Era habitual para algunas familias prescindir del planchado. Ocho familias emplearon un asistente por unas cuantas horas a la semana (un hombre en dos casos y una hija en otro).

acerca de que las mujeres realizan las tareas de la casa. Y yo creo que muchas mujeres –quiero decir, yo lo hice– caen en eso. Yo hice más de la mitad que me correspondía, o batallé para no hacerlo. Pero no negocié en igualdad de condiciones. Por eso sí, creo que hay una gran diferencia porque todo se ofrece a quien lo quiera... No estás batallando contra creencias evidentes o encubiertas en cuanto a quién debe hacer qué.

La flexibilidad que experimentan las parejas lesbianas se halla facilitada por su mayor socialización como mujeres, que generalmente las ha cualificado para ser trabajadoras domésticas competentes. Cuando exploramos esto en las entrevistas individuales, las encuestadas hablaban normalmente de ellas mismas y de sus parejas, implicadas de forma activa en el mantenimiento a flote del frente doméstico.

### *Datos sobre la utilización del tiempo*

La repetición de estudios sobre la utilización temporal basados en muestras amplias y justamente representativas permite a los investigadores explorar el cambio en el tiempo y la desviación dentro de la población. Estos estudios indican que las circunstancias laborales de las mujeres tienen muy poca influencia sobre las contribuciones domésticas de los hombres, que se mantienen en un consistente bajo nivel (Berk, 1992; Shelton 1992; Gershuny y Jones, 1987; Pleck, 1985). Es interesante observar cómo (si se compara la aportación doméstica de las personas solteras con la de las que tienen pareja, cohabitan o están casadas), los hombres pasan menos tiempo haciendo trabajo doméstico que los casados o los que conviven en pareja, y las mujeres que conviven en pareja o están casadas mucho más que las mujeres solteras (Shelton, 1992). Shelton sugiere que existe una expectativa cultural acerca de que los padres participen en la vida hogareña, pero citando a La Rossa (1988) concluye que normalmente están «técnicamente presentes, pero funcionalmente ausentes» (Shelton, 1992: 65).

Para proporcionar una perspectiva alternativa acerca de sus acuerdos, se pidió a las encuestadas que completasen unos diarios de distribución temporal de las tareas de una semana,<sup>11</sup> y 62 fueron devueltos y analizados.<sup>12</sup> Esto mues-

11 Para que la semana reflejase cierto sentido de normalidad, se pidió a las encuestadas que evitasen periodos de tiempo inusuales de antemano como, por ejemplo, las vacaciones de mediados de trimestre o las vacaciones de verano.

12 Para facilitar la comparación con otras muestras sobre el empleo del tiempo, nuestros diarios y el marco de codificación están basados en los empleados en la colección de diarios a gran escala (SCOLI) que llevó a cabo en 1987 Jonathan Gershuny, con quien estamos colaborando. La tarea principal que se realiza por cada espacio de 15 minutos en el diario se categoriza atendiendo a diferentes tipos de actividades, trabajo de mercado (que incluye el tiempo empleado para ir a trabajar), trabajo doméstico, cuidado de los niños, tiempo libre activo y pasivo, y luego se dividen en siete para dar la sensación de cómo es un día normal. Este «día» representa una media de las actividades que están contenidas dentro de un periodo de siete días (días entre semana y fin de semana). Por supuesto, es un constructo artificial puesto que el trabajo remunerado de la gente suele concentrarse en los días entre semana, y su tiempo libre, y tal vez el trabajo doméstico, los fines de semana.

tra cómo cada miembro de la pareja distribuye su tiempo entre el trabajo doméstico, el cuidado de los hijos y el mercado, y nos permite hacer comparaciones dentro de nuestra propia muestra, y entre el nuestro y otros estudios sobre la utilización del tiempo.

El análisis diario confirmó las interesantes desviaciones de la norma que ya habíamos percibido. Ser la madre natural del hijo más pequeño es una predicción pobre acerca de qué miembro de la pareja pasa más tiempo realizando tareas domésticas. El promedio temporal contabilizado por las madres naturales para esta actividad representaba el 54% del tiempo total contabilizado por las madres naturales y las compañeras; y era del 50% para las madres naturales con hijos menores de cinco años. También era una predicción pobre para saber qué miembro de la pareja tendría la jornada laboral más corta. Como la disponibilidad de tiempo que dedicar al trabajo del hogar puede estructurarse según las demandas laborales, tiene más sentido que analicemos nuestros datos basándonos en las jornadas laborales más que en las distinciones entre madre natural/compañera. Como nuestras parejas están tratando de cambiar la naturaleza de las limitaciones laborales para la organización de la vida doméstica (por ejemplo ambas trabajan a tiempo parcial), presentaremos nuestros datos sobre la utilización del tiempo atendiendo a las diferencias en las jornadas laborales.

Para contextualizar y explicar hasta qué punto nuestra muestra se desvía de las madres y padres en un plano más general, comenzaremos delineando nuestro análisis de las tendencias para las parejas casadas con niños menores de 12 años de la Iniciativa de Cambio Social y Vida Económica (SCELI).<sup>13</sup> Sin embargo, debemos tener en cuenta que la comparación queda lejos de ser perfecta, por ejemplo, los datos del SCELI fueron recogidos en 1987, y los hombres que ocupaban puestos profesionales y directivos abarcan el 40% de esta sub-muestra.

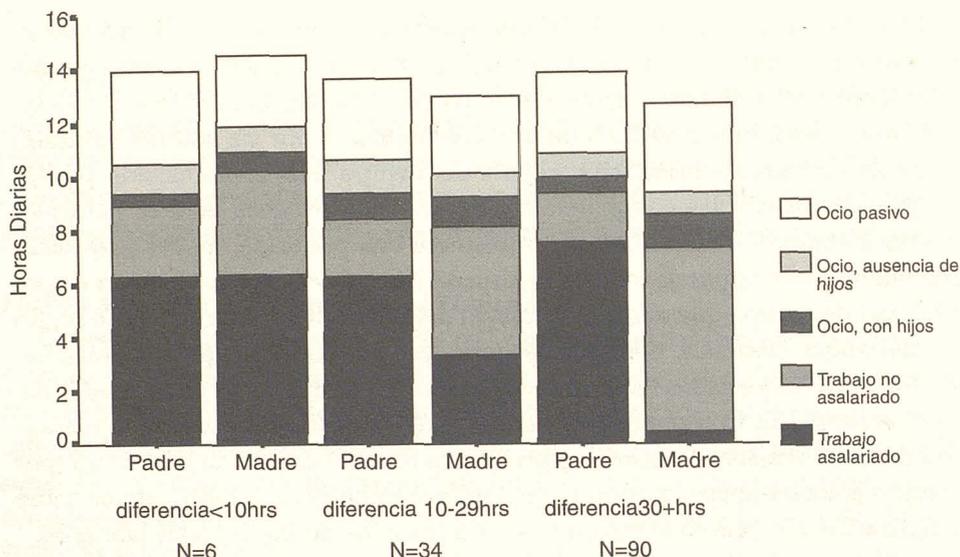
### ***Pautas de utilización del tiempo para madres y padres***

En la Figura 1 hemos dividido a los padres en 3 grupos: parejas con jornadas similares de trabajo remunerado (menos de 10 horas de diferencia por semana); aquéllas con diferencias más grandes (entre 10 y 29 horas); y parejas con diferencias extremas (más de 30 horas).

El examen de estas pautas de utilización del tiempo revela hasta qué punto tiene lugar la especialización según el sexo. Si observamos el número de casos en cada categoría podemos observar que muy pocas madres y padres (N=6) tienen realmente jornadas laborales similares (como reflejo del hecho de que incluso cuando los hombres y las mujeres tienen empleos a tiempo completo, los

<sup>13</sup> *Social Change and Economic Life Initiative*. Mantenemos las siglas originales, SCELI, al no existir equivalente real en español (N. de la T.).

**Figura 1.** Tiempo utilizado por padres y madres diferenciando en horas de trabajo:  
Familias con hijos menores de 12 años.



Fuente: Sceli (1987)

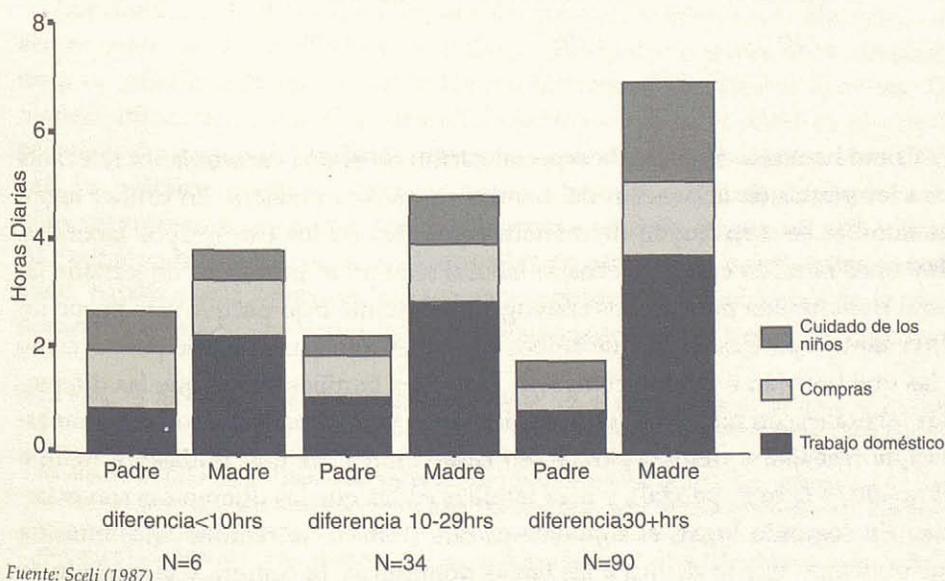
hombres generalmente tienen jornadas laborales más largas, véase el apartado anterior) y la mayoría, mientras el 70% (N=90) presentan desequilibrios extremos en cuanto al trabajo remunerado. Si comparamos el tiempo que se dedica al trabajo remunerado con el que se dedica al trabajo no remunerado (hacer la compra/trabajo doméstico/cuidar a los hijos) podemos observar que el trabajo no remunerado monopoliza normalmente la media diaria de trabajo de las madres y de los padres que trabajan. Independientemente de las jornadas laborales de las madres, el término medio de la contribución de los hombres al trabajo del hogar es consistentemente bajo.

Se puede argumentar que estas desigualdades se explican por las jornadas laborales más largas de los hombres. Sin embargo, incluso cuando las parejas tienen jornadas laborales similares, la contribución media de los padres en 2.7 horas es de una hora, y un cuarto menos que 3.9 horas de las madres. En consecuencia, cuando se incluye el tiempo dedicado al trabajo no remunerado, las madres que tienen jornadas laborales similares a las de los padres presentan los días de trabajo más largos de la muestra. En un análisis distinto (Dunne 1997b) hallamos que cuando las jornadas laborales de las encuestadas eran similares a las del término medio masculino, ellas también tenían jornadas laborales considerablemente más largas (remuneradas y no remuneradas) que las de los hombres. Esto sugiere que, a diferencia de

los hombres, la habilidad de las mujeres para tener empleos absorbentes (aquéllos con jornadas que atiendan a un modelo de empleo masculino) no estriba en que sus parejas realicen la mayor parte del trabajo en casa. En cambio, las distribuciones domésticas según el sexo ayudan a explicar por qué las mujeres han sido tan poco afortunadas para ganar buenos sueldos, para tener empleos de estatus elevado, y por qué los hombres mantienen su ventaja laboral.

Las implicaciones de la división de responsabilidades según el sexo son más sorprendentes cuando nos centramos en el tipo de trabajo que ocupa el tiempo que los cónyuges dedican al hogar, Figura 2. El tiempo de las madres se dedica principalmente al trabajo doméstico. Una razón importante para esta preocupación es que la contribución de los hombres a las tareas domésticas es muy pequeña (en los grupos en los que ambos cónyuges tienen empleos remunerados el promedio temporal que los hombres dedican al trabajo doméstico representa sólo el 28% del total del tiempo familiar por término medio). La estructuración de las responsabilidades según el sexo muestra a las mujeres con el peso del trabajo doméstico y crea jerarquías que pueden excluir el tiempo para los aspectos más placenteros del cuidado de los hijos, particularmente cuando son pequeños.

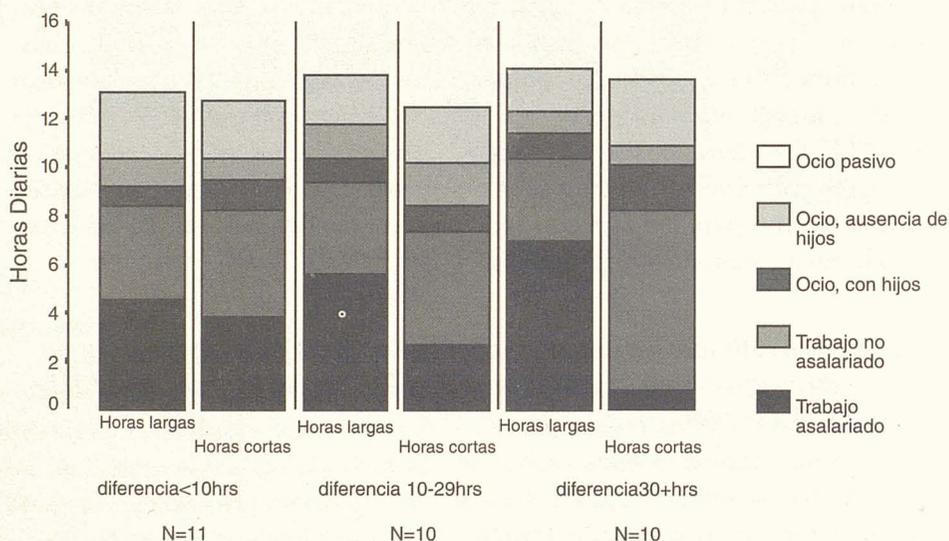
*Figura 2. Tiempo utilizado por padres y madres en trabajo no asalariado mediante las diferencias en horas de trabajo asalariado: familias con hijos por debajo de los 12 años de edad.*



### *Pautas de utilización del tiempo en parejas lesbianas*

Nuestras nociones acerca de lo que es posible en relación a la organización del trabajo entre cónyuges se ha basado en experiencias heterosexuales. Como señala Berk (1985: 199), las pautas atendiendo al sexo para la distribución de tareas están tan enraizadas y supuestas que «estorban nuestra habilidad para imaginar otras formas de organización laboral». La Figura 3 proporciona tal alternativa.

*Figura 3. Tiempo utilizado por las entrevistas diferenciado en horas de trabajo: familias con hijos menores de 17 años.*



Como hemos anticipado, la especialización no es una característica relevante para las pautas de utilización del tiempo en nuestra muestra. En primer lugar, las familias se distribuyen de manera equitativa en los tres grupos laborales. Hay once familias con una jornada laboral similar: el promedio de jornada laboral remunerada para ambos cónyuges es bastante bajo porque este grupo incluye tanto a parejas en las que ambos cónyuges trabajan a tiempo parcial como a las que trabajan a tiempo completo. Hay diez familias en las que las diferencias laborales son más grandes (éstas incluyen tanto a parejas de nuestra muestra que trabajan a tiempo parcial/en casa como a las que trabajan a tiempo completo/a tiempo parcial), y diez familias en las que las diferencias son extremas. En segundo lugar, el siguiente estrato (trabajo no remunerado) muestra que el tiempo que se dedica a las tareas domésticas, la compra y el cuidado de

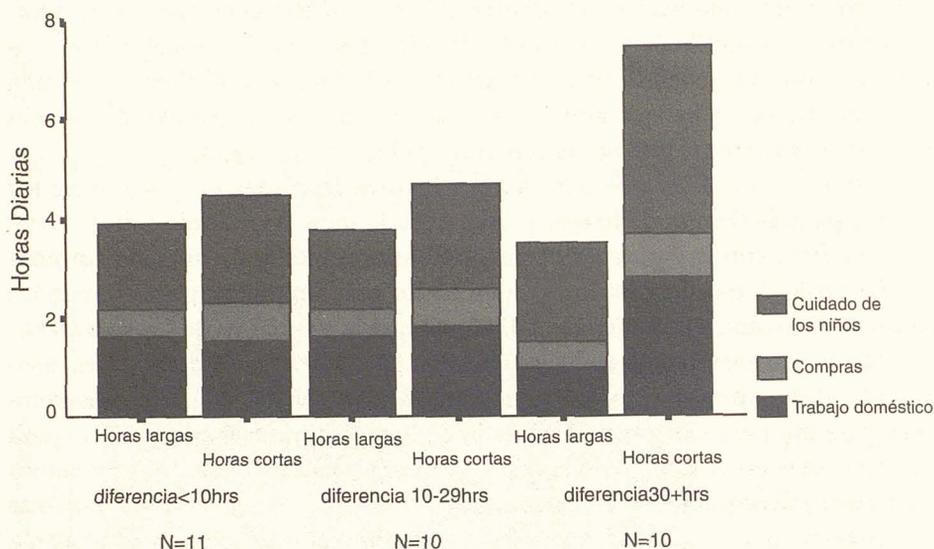
los hijos está equilibrado de manera igualitaria entre los cónyuges excepto cuando la diferencias laborales son extremas. Por regla general, el cónyuge con la jornada laboral remunerada más larga pasa aproximadamente treinta minutos menos realizando trabajo no remunerado que su pareja en familias con jornadas laborales similares, y 55 minutos cuando las jornadas laborales son mayores. En contraste con las pautas patentes en la Figura 1, el tiempo de cada pareja en grupos en los que ambos cónyuges trabajan se distribuye de manera más equitativa entre el trabajo remunerado y el no remunerado.

La Figura 4 muestra que para ambas madres lesbianas el cuidado de los hijos ocupa más tiempo de lo que parece posible para las madres a nivel general (compárese con la Figura 2).<sup>14</sup> Una razón importante es su división equitativa del trabajo doméstico. En los grupos en los que ambos cónyuges ganan un sueldo se aproxima a una división 50/50, sin que la reducción de jornadas laborales afecte necesariamente este equilibrio en las aportaciones domésticas. Esto refleja la idea, expresada con frecuencia, de que la elección de pasar más tiempo en casa era para dedicarse al cuidado de los hijos (un trabajo en sí) no para participar más en el trabajo doméstico. La trascendencia de las contribuciones domésticas más equitativas y eficientes de las mujeres que crían conjuntamente a sus hijos no puede ser exagerada. Incluso cuando ambos cónyuges trabajan a tiempo completo, independientemente de la edad de sus hijos, el tiempo combinado que dedican al cuidado de los niños es mayor que el promedio en contextos heterosexuales en los que la pareja trabaja a tiempo completo/en casa (véase Dunne 1997b). Esto sugiere que no es el compromiso laboral de las madres *per se* lo que conforma la disponibilidad de tiempo para los niños sino la división de responsabilidades según el sexo.

Los datos de distribución temporal en parejas lesbianas nos permiten observar cómo son las divisiones del trabajo cuando no se estructuran atendiendo a la polarización por sexos, y las implicaciones son trascendentales. De manera importante, nuestros descubrimientos socavan la justificación de la polarización sexual del trabajo, mostrando que no sólo es injusta, sino ineficaz. La práctica es injusta para las mujeres porque continúan criando a los hijos mayormente por su cuenta. Los hombres también pagan un alto precio. Al limitar su repertorio de actividades a las de principal o único sostén económico, tienen pocas oportunidades para experimentar los placeres de la vida doméstica e intereses y actividades no relacionados con el trabajo. La Figura 1

<sup>14</sup> La edad de los niños tiene una relación importante con el tiempo que se dedica a actividades dentro de la categoría de «cuidado de los hijos». Las diferencias que hemos notado son particularmente sorprendentes en familias con niños en edad pre-escolar, pero se mantienen independientemente del estatus laboral de los padres en la muestra del SCELLI. Las diferencias de clase social, sin embargo, son más relevantes para las contribuciones al trabajo doméstico. Los hombres que ocupan puestos profesionales o directivos dedican una media de 20 minutos al día más que otros hombres al trabajo doméstico, y su participación en el total del trabajo doméstico llevado a cabo por las parejas es del 30 por ciento comparado con el 21 por ciento de otros hombres.

**Figura 4.** Tiempo utilizado en trabajo no asalariado por entrevistas diferenciado en horas de trabajo asalariado: familias con hijos menores de 17 años.



muestra el poco tiempo libre que tienen y, lo que es más importante, el poco tiempo para implicarse activamente en la vida de sus hijos. La práctica es ineficaz porque una estrategia que prioriza la vida laboral de los hombres a expensas de la de las mujeres confirma y acentúa las desigualdades sexuales en lo que respecta al potencial para ganar un sueldo y el acceso a las oportunidades laborales, tanto a nivel social como familiar. Irónicamente, una práctica que mantiene a un cónyuge fuera de casa y carga al otro con el trabajo doméstico tiene poco sentido, si la lógica que subyace a las divisiones del trabajo según el sexo tiene algo que ver con pasar un tiempo relajado y divertido con los hijos.

## CONCLUSIÓN

Las parejas lesbianas tienen mayor flexibilidad a la hora de negociar las divisiones del trabajo, por diversas razones. Su situación fuera de lo convencional puede estimular la reflexión. También ocupan una posición similar en la jerarquía sexual, y comparten ideologías y experiencias de género comparables. Por tanto, la lógica que secunda la especialización en las relaciones heterosexuales no tiene sentido de manera automática. Sus discusiones acerca del trabajo en las entrevistas casi siempre indicaban una conceptualización holís-

tica que trazaba pocas distinciones entre el valor, los placeres y las obligaciones que provienen de ambos «puestos de trabajo». Esto estimula la construcción de aproximaciones más equilibradas al trabajo remunerado y la vida doméstica, que no unen necesariamente un trabajo principalmente doméstico y el cuidado de los hijos con la maternidad biológica.

Es importante ensanchar nuestros marcos empíricos y teóricos para incluir la experiencia de mujeres y hombres que organizan sus vidas en el contexto de una relación homosexual. El conocimiento sobre lo que se puede lograr en esas situaciones proporciona modelos alternativos para evaluar la efectividad y la justicia de la práctica heterosexual dominante, y para identificar las barreras que dificultan el desarrollo de un mayor equilibrio entre los sexos.

La distancia que separa las disposiciones de las mujeres que crían a sus hijos con otras mujeres de aquéllas que dominan la práctica heterosexual indica, de alguna manera, el largo camino que tenemos que recorrer antes de poder empezar a decir que el sexo de una persona es irrelevante a la hora de delimitar sus posibilidades en la vida. Todas las razones que pueden argumentarse para explicar por qué es difícil para hombres y mujeres experimentar el equilibrio alcanzado por parejas de mujeres, subrayan hasta qué punto la organización de la vida social y las estructuras económicas se basa en la producción social de la polarización sexual, y de ahí la inmensidad del proyecto feminista.

La «solución» no es simplemente que las mujeres se vuelvan un poco más como los hombres. Limitar nuestros objetivos a lograr que las mujeres tengan lo que tienen los hombres, o invertir las disposiciones existentes, es problemático porque no es un verdadero desafío al problema fundamental de la polarización. La solución verdaderamente «pionera» es que los hombres se vuelvan un poco más como las mujeres. Si, por ejemplo, los padres experimentasen la paternidad de manera similar a como la viven las madres, entonces se mostrarían igualmente reacios a priorizar su tiempo laboral a expensas del tiempo con los niños. De manera similar, si tuviesen que responsabilizarse de la realización de su propio trabajo de subsistencia, probablemente considerarían poco realistas las exigencias temporales de los empresarios. La igualdad doméstica requiere un acercamiento más equilibrado a la distribución del tiempo entre el hogar y el puesto de trabajo, y esto implica que los hombres se unan a las mujeres en la lucha por la transformación de la organización del trabajo remunerado. Pero a diferencia de muchos de los cambios que las mujeres han experimentado en sus vidas laborales —que han sido, en muchos sentidos, provechosos para el capitalismo— un proyecto feminista dirigido al socavamiento del patriarcado a través del cambio en las vidas de los hombres amenaza al capitalismo, y desafiará, en consecuencia, dos elementos de la organización social fundamentales e interconectados.

## REFERENCIAS

- Berk, S.F. (1985) *The Gender Factory: The Apportionment of Work in American Households*, New York: Plenum.
- Blaisure, K. and Allen, K. (1995) «Feminists and the Ideology and Practice of Marital Equality», *Journal of Marriage and the Family* 57, 5-19.
- Bradley, H. (1989) *Men's Work, Women's Work*, Cambridge: Polity.
- Brannen, J. and Moss, P. (1991) *Managing Mothers: Dual Earner Households after Maternity Leave*, London: Unwin Hyman.
- Butler, J. (1990) *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, London: Routledge.
- Cappuccini, G. (1996) *Role Division and Gender Role Attitudes: Couples Adjusting to the Arrival of their First Baby*, no publicado Ph. D. Thesis: University of Birmingham.
- Cappuccini, G. and Cochran, R. (1996) «Role Division and Gender Role Attitudes: Couples Adjusting to the Arrival of their First Baby», *Paper* presentado en The British Psychological Society Annual Conference, The University of Strathclyde, Glasgow 16th - 18th September 1996.
- Connell, R. W. (1987) *Gender and Power*, Cambridge: Polity.
- Dex, S. and Shaw, L. (1986) *British and American Women and Work*, London: MacMillan.
- Doucet, A. (1991) «Striking a Balance: Gender Divisions of Labour in Household, Childcare and Employment», Working Paper N° 6, Sociological Research Group: University of Cambridge.
- Doucet, A. (1995a) *Gender Equality, Gender Difference and Care*, no publicado Ph. D. Thesis: Cambridge University.
- Doucet, A. (1995b) «Encouraging Voices: Towards More Creative Methods for Collecting Data on Gender and Household Labour», in Morris, L. and Lyon, S. (Eds.) *Gender Relations in the Public and the Private*, London: MacMillan.
- Dunne, G. A. (1998a) «Pioneers Behind Our Own Front Doors» in *Work, Employment and Society*, March 1998.
- Dunne, G. A. (1998b) «A Passion for "Sameness"?: Sexuality and Gender Accountability» in E. Silva and C. Smart (eds) *The New Family?* London: Sage.
- Dunne, G. A. (1998c) «Add Sexuality and Stir: Towards a Broader Understanding of the Gender Dynamics of Work and Family Life», *The Journal of Lesbian Studies*, Vol 2 N° 4.
- Dunne, G. A. (1997a) *Lesbian Lifestyles: Women's Work and the Politics of Sexuality*, London: MacMillan.
- Dunne, G. A. (1997b) «Why Can't a Man Be More Like a Woman? In Search of Balanced Domestic and Employment Lives», LSE Gender Institute Discussion Paper Series, 3.
- Dunne, G. A. (1992) «Differences at Work: Perceptions of Work from a Non-Heterosexual Point of View» in H. Hinds and J. Stacey (eds) *New Directions in Women's Studies in the 1990s*, London: Falmer Press.

- Ferri, E and Smith, K. (1996) *Parenting in the 1990s*, London: Family Policy Studies Centre.
- Gershuny, J.I. and Jones, S. (1987) «The Changing Work/Leisure Balance», in *Britain Sociological Review Monograph*, 33, 9-50.
- Green, S. (1997) *Urban Amazons: The Politics of Sexuality, Gender and Identity*, Basingstoke: MacMillan.
- Gregson, N. and Lowe, M. (1994) «Waged Domestic Labour and the Renegotiation of the Domestic Divisions of Labour Within Dual Career Households», *Sociology*, Vol 28, No 1, 55-78.
- Gregson, N. and Lowe, M. (1995) *Servicing the Middle-Classes: Class, Gender and Waged Domestic Labour*, London: Routledge.
- Haas, L. (1990) «Parental Leave in Sweden», *Journal of Family Studies*, December 1990, 403-423.
- Hochschild, A.R. (1989) *The Second Shift*, New York: Avon Books.
- Lewis, C. and O'Brien, M., (eds) (1987) *Reassessing Fatherhood: New Observations on Fathers and the Modern Family*, London: Sage.
- Low Pay Unit (1996) *The New Review of the Low Pay Unit*, N° 36, November/December 1996.
- Mansfield, P. and Collard, J. (1988) *The Beginning of the Rest of Your Life: A Portrait of Newly Wed Marriage*, London: MacMillan.
- McRae, S. (1986) *Cross-Class Families: A Study of Wives Occupational Superiority*, Oxford: Clarendon Press.
- Melhuish, E., and Moss, P. (eds) (1991) *Day Care for Young Children: International Perspectives*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Morris, L. (1995) *Social Divisions: Economic Decline and Social Structural Change*, London: UCL Press.
- Morris, L. (1990) *The Workings of the Household*, Cambridge: Polity Press.
- Pateman, C. (1988) *The Sexual Contract*, Cambridge: Polity.
- Pleck, J.H. (1985) *Working Wives, Working Husbands*, Beverly Hills: Sage.
- Rubin, G. (1975) «The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex», in R.R.Reiter (ed.) *Towards an Anthropology of Women*, London: Monthly Review Press.
- Shelton, B., (1992) *Women, Men and Time: Gender Differences in Paid Work, Housework and Leisure*, Westport, CT: Greenwood Press.
- Sullivan, M. (1996) «Rozzie and Harriet? Gender and Family Patterns of Lesbian Coparents», *Gender and Society*, 10, 6, 747-767.
- VanEvery, J. (1995) *Heterosexual Women Changing the Family: Refusing to Be a «Wife»*, London: Taylor Francis.
- Wheelock, J. (1990) *Husbands at Home: The Domestic Economy in a Post-industrial Society*, London: Routledge.

**Nota:** Quiero expresar mi agradecimiento a Ginny Morrow, Shirley Prendegast y Bob Blackburn, por sus valiosos comentarios al texto. Igualmente agradezco a Mónica Badía sus interesantes sugerencias.